El viaje de la vida

Fabian Mella

Capítulo 1

El viaje de la vida

Luego de una tarde con clima parcial, después del trabajo agotador en una oficina de dos por dos, llegué a mi departamento en el centro. Estuve largamente sentado, sin nada en la mente frente a la mesa. Me preguntaba por mis padres, mis hermanas, mis tías y tíos que hace años no veía pero que con nostalgia recordaba que los amaba, al menos ese Yo el que era hace más o menos veinte años.

Al escuchar la cifra en mi cabeza sentí cómo crujían mis rodillas. Hace veinte no los veo, hace 30 me fui, algunos deben estar muertos seguro. La correspondencia ya no se usaba y los correos que no eran de direcciones conocidas pasaban a la bandeja destinada al "spam", los revisé sentado en el sillón de la sala. Ahí estaban, cientos de correos e invitaciones a comer, cenar y algún que otro funeral. No lloré, eso me sorprendió. Estaba adolorido más que triste.

Como señal de respeto me senté a revisar y leer cada uno de los correos, de forma obsesiva, era mi terapia, mi expiación, mi metanoia. Estuve hasta cerca de las dos de la madrugada del viernes leyendo y a veces releyendo correos de mis familiares, uno de mis tíos había muerto hace poco, mi hermana menor tuvo una suerte similar en un accidente automovilístico según el correo ella se había quedado dormida al volante.

Entre sollozos del alma y cansancio del cuerpo me intenté levantar, cosa que no funcionó, atiné a dejar el notebook en la mesita redonda de centro y lo cerré. La oscuridad me pareció espléndida para llorar. Increíblemente la soledad ya no me era suficiente para poder sentir la tristeza, necesitaba la ausencia de luz, ese espacio vacío en donde todo el ambiente está casi borrado, no hay nada con forma en las afueras de la conciencia, todo objeto concreto se vuelve onírico con la oscuridad la mente vuela afuera y se mantiene ahí, observando al cuerpo y eso necesitaba, quería observarme llorando, y sintiendo pena por mis seres queridos.

En el letargo amplio entré en un sueño. Soñé con que viajaba, estaba en la que sentía como si fuese mi habitación pero no lo era, la del sueño era blanca completamente. Pasó un poco de tiempo en el sueño, sentí que mucho, en el que no me apareció nada más, solo había blanco, luego miré hacia abajo y caí en la cuenta de que estaba parado y que me elevaba, no tan alto como para toparme con el techo que parecía imposible de alcanzar, no tan bajo como para tocar el piso.

De a poco pero rápido comencé a avanzar desde el centro de la primera habitación hacia la pared que tenía inmediatamente al frente, traspasé esa pared de tintes blancuzcos, la siguiente habitación no varió demasiado era

un poco más obscura que la anterior, pero no triste, había luz pero sólo figuras se mostraban en la tibia oscuridad, habían siluetas y voces muy personales, muy queridas allí, y escuché los balbuceos de algunas palabras.

No sentí cuando pasé a la siguiente habitación, en esta comenzaron a aparecer cuadros de rostros muy queridos para mí, en las paredes. Estos cuadros tenían casi el tamaño de mi propio cuerpo, y tenían para cada rostro, distintas y muy variadas expresiones. Estaba mi padre, siempre solemne, y mi madre siempre paciente. Mis hermanas aparecieron tardíamente, muy ceca de llegar a la pared límite.

Con feroz impulso pasé al siguiente habitáculo ahora más reducido y más oscuro que el anterior, los cuadros y pinturas se repetían hasta el hartazgo, debajo de mí comenzaron a pasar libros y más objetos. Juguetes, en abundancia, y con cada objeto que pasaba abajo mío, me recordaba algún pasaje importante de mi vida, la primera y la última guitarra, el primer y el último libro comprado. Y a viva voz se escuchaba mis propios canturreos, y mis primeros ensayos escritos, hasta ahora no los recordé, ahí estaban. Y mientras esto sucedía en el piso de la habitación yo seguía como levitando, y los cuadros seguían pasando, en muchas concordancia con los objetos.

Uno que otro cuadro nuevo se añadía a la repetición infinita. En esta habitación comenzaron a aparecer cuadros con multitudes de gentes, y yo incluidos en ellos, algunas imágenes de los cuadros se movían contando una historia corta. Mi perro, qué retrato tan vivaz, azul tono, contrastando con el rojizo color de sus cabellos, y alumbrado con una luz blanca, como el fondo de la habitación presente. Un mes antes del sueño murió mi perro, y ya nada más apareció. Todo era color de oficina excepto el fondo que cada vez comenzó a ser más y más blanco hasta que obligó cerrar mis ojos dentro del sueño.

Luego de llegar tan cerca de la luminosidad sentí un cambio, ya no había tanto brillo, era más quieto. Al abrir mis ojos vi que el último cuarto era oscuro y ya no se distinguía si yo me movía hacia adelante o hacia atrás, en ese punto me extrañé, y lloré melancólico por no poder despertar.